

Secuestradas

Drama en dos actos

Antonio Ruiz Negre

PERSONAJES

(Por orden de intervención)

SOR CLARA.

SOR MARÍA.

SOR PIEDAD.

SOR ADELINA.

ABADESA.

SAMUEL.

SOR CARIDAD.

VITO.

EL SECO.

CURA.

Descripción de escena

La acción transcurre en el refectorio de un convento, situado en las afueras de un pueblo apartado, en época actual.

Una entrada en primer término del lateral izquierda, y otra en segundo término, que comunican con las demás dependencias. En el foro a la izquierda una vidriera que da al claustro y filtra la luz del exterior.

Al centro de escena en segundo término y paralela al foro, una mesa larga. Entre ella y el foro, seis sillas. En la cabecera de la mesa a la izquierda una silla presidiendo.

Frente a la cabecera en el otro extremo, un atril alto que soporta una Biblia. Dos sillas más, junto a la pared entre la puerta de la izquierda y el foro. En primer término del lateral derecha un mueble aparador que guarda utensilios de mesa. Junto al mismo un baúl, algunos bastidores de bordar y distintos objetos de costura.

En la estancia no hay más adorno que un crucifijo sobre el foro, y una imagen mediana de la Virgen, sobre un pedestal en el rincón de la derecha.

Todo el mobiliario es de madera de color oscuro, severo y sobrio como corresponde a un convento.

Derecha e izquierda, las del público.

Acto I

Escena I

MARÍA, CLARA y PIEDAD, después ADELINA.

Al levantarse el telón, SOR MARÍA y SOR CLARA, vistiendo ropa propia de la Orden, que se compone de hábito blanco, toca negra y escapulario negro, hablan en pie cerca del atril. SOR MARÍA es la más mayor del convento y muestra siempre un tono enfadado. SOR CLARA es la más joven. Cándida por naturaleza reúne todas las condiciones para ser la víctima perfecta.

CLARA.- ¿Y qué querrá decirnos la Madre Abadesa a estas horas?

MARÍA.-No tengo ni idea, pero me resulta extrañísimo que nos haya llamado dejando a mitad el rezo.

CLARA.- ¿Habrá recibido malas noticias de Sor Dominica?...

MARÍA.- Dios no lo quiera, porque solo de pensar que en la Orden puedan tomar la decisión de cerrar este convento, me pongo peor de lo que estoy.

CLARA.- ¿Y si lo cerrasen, dónde tendríamos que ir?

MARÍA.- Muy lejos de aquí... Puede que demasiado lejos.

CLARA.- (Tras una pausa breve.) ¿Y usted sabe cual habrá sido la razón de que la Madre Abadesa haya enviado a Sor Dominica, y no a otra para esa misión?

(Por la derecha entra SOR PIEDAD.) (De unos veinticinco años es alegre y bastante decidida.)

PIEDAD.- (Habla entrando.) Yo me lo imagino.

MARÍA.- ¡Vaya! Milagro sería que Sor Piedad no metiera baza...

(Al tiempo que SOR PIEDAD va hasta el baúl, toma de él un bastidor y se sienta junto a la mesa empezando a bordar.)

PIEDAD.- ¡Ya está recriminándome Sor María otra vez!... ¡Si ahora no he dicho nada!

MARÍA.- No, usted nunca dice nada... Pero nada que no sea inoportuno.

CLARA.- Venga, Sor María, no se enfade que ya conoce el modo de ser de Sor Piedad. (Haciéndole a esta un gesto de complicidad.) Quedamos en que usted desconocía el motivo, para que fuera Sor Dominica y no otra la seleccionada...

MARÍA.- En efecto, la razón no la sé, pero es posible que haya tenido mucho que ver, el que ella acompañara a la Madre Abadesa en el último viaje que hizo al Monasterio.

CLARA.- ¿Y cree que la Superioridad tendrá previsto cerrar la casa y cambiarnos de convento?

MARÍA.- No lo quiero creer. Yo me niego a aceptar que la decisión ya esté tomada... Y el caso es, que sí hay una evidencia ante la cual no podemos cerrar los ojos.

CLARA.- ¿Y es?...

MARÍA.- Que el convento está peor cada día, que aquí nos sobra casa... Y que desde el Monasterio no nos mandan religiosas, para cubrir las bajas que se produjeron al irse el año pasado Sor Luisa y las otras hermanas.

PIEDAD.- (Para sí.) Si me hicieran caso a mí...

MARÍA.- (Con sorna.) ¡Qué irá a decir!...

CLARA.- ¿Qué haría usted, hermana?

PIEDAD.- En primer lugar arreglar la parte oeste de la casa y abrir una puerta al camino. A continuación ofrecerla en alquiler a algunas academias de chicas de la ciudad, para que pasaran aquí los meses de verano, y estoy segura de que tendríamos más demanda que plazas libres.

CLARA.- ¡Sor Piedad! ¡Eso no es serio!...

MARÍA.- (Protestando, a SOR CLARA.) ¿Ve como tengo razón cuando digo que esta mujer siempre está pensando en tonterías?...

PIEDAD.- ¿Tonterías?... Pues en cuanto tenga ocasión se lo pienso plantear a la Madre Abadesa.

(Le hace un gesto a SOR CLARA de que no piensa hacerlo.)

CLARA.- (Con gesto de complicidad, riendo por lo bajo.) Pues mire, a lo mejor la convencía. **(Pausa breve.)** **(A SOR MARÍA.)** ¿Sabe lo que pienso? Que a mí no me importaría cambiar de convento, porque, ¿me quiere usted explicar qué diferencia puede haber entre un refectorio como este y cualquier otro refectorio?... ¿Entre una celda de aquí a otra celda?... ¿Acaso no son similares todas las casas de la Orden?

MARÍA.- Las casas sí, todas son tan iguales que parece que los constructores siguieron un diseño único, creado por cierto con muy poca imaginación... Pero el clima que aquí tenemos no lo encontraremos en ningún otro sitio... Y usted aún es muy joven para saber hasta qué punto puede ser atormentador el invierno allá arriba, para un cuerpo con tantos achaques como el mío.

CLARA.- Pero a lo mejor, en vez de trasladarnos al norte deciden enviarnos al sur...

MARÍA.- (Protestando.) ¡Pues mira! ¡Tampoco es demasiado buena mucha calor!...

PIEDAD.- (Pinchando.) Sor Caridad me decía ayer que a ella no le importaría cambiar de convento.

MARÍA.- ¡Claro, y cómo no! ¡Ella con tal de llevarme a mí la contraria!

CLARA.- (Conciliadora.) No diga eso, Sor María. Sor Caridad siente por usted un verdadero afecto... igual que todas las demás.

MARÍA.- (Murmurando.) Sí, sí... ¡Si no conociera yo el percal!...

CLARA.- En cuanto a su apreciación referente al estado de la casa, también coincide en que se ha quedado demasiado grande para albergar solo a siete religiosas, cuando bien podrían vivir aquí un par de docenas... Y teniendo tanto que limpiar y cuidar en una casona vieja, que se hunde poco a poco sin remedio, ella piensa que lo mejor para todas sería cambiar de casa integrándonos las siete en otra comunidad.

MARÍA.- (Crítica.) Sí. ¡Buena está hecha Sor Caridad!... Lo que le pasa a ella es que nunca se ha encontrado a gusto aquí, ¡ves tú a saber por qué!, y por eso no le importaría irse.

PIEDAD.- (Insidiosa.) Pues si usted quiere, ahora después se lo pregunto, y en cuanto lo sepa se lo contaré.

MARÍA.- (Protestando, a SOR CLARA.) ¿Ve usted?...

CLARA.- No haga caso, Sor María... ¿Y sabe qué le digo? Que creo que todo va a salirnos bien.

MARÍA.- ¡Que Dios la oiga!

(Entra por la izquierda SOR ADELINA que viene bastante nerviosa, dirigiéndose a las otras.) (Bastante joven, es miedosa y blanda, de las que se suelen ahogar en un vaso de agua.)

ADELINA.- Sor María... Hermanas...

MARÍA.- ¿Qué pasa, Sor Adelina? ¿Ya viene la Madre Abadesa?

ADELINA.- No, no viene...

CLARA.- ¿Cómo?...

ADELINA.- Quiero decir que sí... que ha dicho que vendría enseguida, pero que ahora no viene...

MARÍA.- ¿Pero se puede saber qué pasa?

PIEDAD.- (Por lo bajo a SOR CLARA.) Difícil será que nos enteremos de algo siendo ésta la encargada de informarnos.

ADELINA.- ¡Es que han entrado unos hombres en el convento!

CLARA.- ¿Unos hombres?...

MARÍA.- ¡Cómo!

PIEDAD.- ¡Cuenta, cuenta!

(Se levanta y va al baúl donde dejará la labor
volviendo rápida junto al grupo.)

ADELINA.- Sí. ¡Y llevan armas!

MARÍA.- ¡Madre del Señor!...

CLARA.- Pero, ¿quiénes son esos hombres, policías, militares?...

ADELINA.- No... No lo sé.

PIEDAD.- ¿Llevan uniforme?...

ADELINA.- Pues no... van de particular.

CLARA.- ¿Y cuántos son?

ADELINA.- Tampoco lo sé.

PIEDAD.- ¡Pues está usted enterada! ¿eh? ¡Como para dar una información a la prensa!

ADELINA.- Yo solo he visto a uno, pero he oído al menos tres voces distintas que hablaban con la Madre Abadesa.

CLARA.- ¿Y cómo era el que ha visto? ¿Qué aspecto tenía?

ADELINA.- ¡Ay Sor Clara! No me ha gustado nada su aspecto. Se veía un hombre basto y grosero... Era de los que dan miedo...

PIEDAD.- ¡Ya sé quien es! (Con sorna.) ¡El diablo!

MARÍA.- ¡Ay, déjese de tonterías, hermana!

CLARA.- ¿Y qué querrán?

ADELINA.- No tengo ni idea. Mientras uno estaba hablando con la Madre Abadesa, los otros se han ido a la casita del señor cura para hablar con él.

MARÍA.- ¿Pero no les ha dicho nadie que el señor cura está enfermo y que no se le debía molestar?

ADELINA.- Sí, pero parece que han insistido bastante...

PIEDAD.- ¡Pobre hombre! Dios haga que pueda reponerse pronto, aunque con tantos años como tiene y la poca salud que le queda, cualquier día nos dará el disgusto.

MARÍA.- ¡Sor Piedad, no siga usted agorera!

PIEDAD.- (**Protestando.**) ¡Caray! A última hora ¿es que no se podrá ni hablar en esta casa?...

CLARA.- (**A SOR ADELINA.**) ¿Y usted ha oído a esos hombres decir alguna cosa que nos pueda afectar a nosotras?

ADELINA.- No sé, estoy muy confusa... En realidad solo he oído que la Madre Abadesa les rogaba, que no pasaran desde el límite del claustro, y que respetaran la clausura.

MARÍA.- ¡Casi no lo puedo creer! ¿Es que pensaban entrar aquí?...

ADELINA.- Eso me ha parecido entender.

MARÍA.- Sería faltar a todas las reglas, y más, incluso cuando ni el propio señor cura, salvo raras excepciones, ha pasado nunca de esa entrada... ¿Podrá ser que alguien se atreva a romper la clausura?

PIEDAD.- Ya verá como no. La Madre Abadesa no lo permitirá.

CLARA.- Yo también confío en ello.

ADELINA.- No sé, no sé, pero yo tengo miedo, mucho miedo...

Escena II

Las mismas, ABADESA, CARIDAD y SAMUEL.

Entran por la izquierda la ABADESA y SOR

CARIDAD muy serias y bastante intranquilas, seguidas de SAMUEL que se quedará en la entrada.

La ABADESA mostrará siempre un carácter firme con el que pretende ocultar el peso de saberse responsable del convento. SOR CARIDAD es brava, decidida y de gran vitalidad. SAMUEL como jefe de los terroristas marcará siempre la acción de los demás. Lleva un fusil o metrallera colgado del hombro y cruzado ante sí, permanentemente durante toda la obra.

Al verlos aparecer, las monjas retrocederán dos pasos volviendo el rostro con recato. La ABADESA y SOR CARIDAD permanecerán al centro de escena.

ABADESA.- (A SAMUEL.) Aquí puede ver a todas las religiosas que quedamos en el convento.

SAMUEL.- Está bien. **(Pausa breve.) (Con tono brusco.)** Mañana seguramente seguiremos nuestro viaje... No queremos molestarlas, pero sí quiero que tenga muy en cuenta, que no pienso disimular la menor muestra de mala intención por su parte.

MARÍA.- (Sorprendida.) ¿Qué está diciendo este hombre? ¿Ha dicho mala intención por parte nuestra?...

ABADESA.- (Suave pero firme.) Calle, Sor María, este no es momento para comentarios.

(SAMUEL avanza dos pasos y con voz firme se dirige a las monjas)

SAMUEL.- Ya he dado instrucciones precisas aquí a la Superiora de lo que hay que hacer. Si todo sale como espero, mañana nos iremos como hemos venido y no nos veremos más. **(Pausa breve.)** Ahora bien. Si durante nuestra estancia aquí, intentan hacer algo contra nosotros, les aseguro que haré que guarden amargo recuerdo de este día para toda su vida.

ADELINA.- (Asustada.) Madre Abadesa... ¡Ese hombre nos está amenazando!...

ABADESA.- (Con el tono anterior.) Silencio, Sor Adelina.

SAMUEL.- Ustedes podrán seguir haciendo lo que acostumbren a hacer, aquí dentro... En cuanto a sus relaciones con el exterior estarán sujetas en todo momento, a lo que yo les señale y nada más. ¿Está claro?

ABADESA.- (**Con dignidad.**) Señor; todas hemos entendido lo que ha dicho... Ahora ya conoce a las religiosas de la casa y ya ha visto el refectorio. Cumplido lo que quería, le ruego que por respeto a la clausura abandone esta estancia... Bajo en el claustro y el patio, o en la portería, podrán aposentarse por esta noche...

SAMUEL.- (**Interrumpiéndola.**) Aún no he visto cuanto quería ver.

ABADESA.- ¿Qué quiere decir?

SAMUEL.- Quiero ver los dormitorios de todas las monjas.

MARÍA.- (**Escandalizada.**) ¡Qué dice este hombre!...

CARIDAD.- (**Avanzando dos pasos.**) ¡Eso no puede ser! ¡Sería un insulto a la intimidad de la Orden!

PIEDAD.- Yo también me niego...

SAMUEL.- (**Alzando la voz.**) ¡Basta, señoras! Veré esos dormitorios quieran o no, aunque tenga que pasar por encima de ustedes.

(SOR CARIDAD retrocederá encogida junto a la ABADESA.)

ABADESA.- Señor... Le ruego que no se excite.

SAMUEL.- Tendrán que enseñarnos todo el convento, pues quiero ver desde la cocina a los retretes, pasando por los dormitorios ¿está claro?

ABADESA.- No es necesario que se muestre violento... Le enseñaremos de buen grado cuanto quiera ver...

SAMUEL.- Así lo espero. Y les advierto que les traeré más cuenta no oponer resistencia. (**Señala la entrada de la derecha.**) ¿Dónde conduce esa salida?

ABADESA.- A la cocina.

SAMUEL.- Veamos pues la cocina.

(Se dirige a la cocina seguido de la ABADESA, y desaparecen ambos dentro.)

PIEDAD.- (Al quedar a solas.) ¿Qué está pasando aquí, Sor Caridad?

CARIDAD.- Que el diablo se nos ha metido en casa.

MARÍA.- ¡Santa Madre de Dios!...

ADELINA.- (Asustada.) ¿Qué van a hacer estos hombres?...

CARIDAD.- Querría equivocarme, pero creo que vamos a vivir momentos muy graves.

CLARA.- A mí ese hombre me da miedo, es brusco, tiene una mirada que hiela la sangre, y parece dispuesto a hacer daño.

PIEDAD.- Pues a mí, hay una cosa en él que aún me da más miedo, y es el arma que lleva.

CLARA.- ¿Cómo han entrado en la casa?

CARIDAD.- Saltando el muro del camino.

MARÍA.- ¿Cómo saltando?...

CARIDAD.- Yo estaba limpiando bajo en la portería, junto al torno, cuando de pronto y sin saber cómo, oí unas voces de hombre dentro de la casa. Me sorprendí mucho, pero sin caer en la cuenta de que no habían entrado por la puerta. Cuando quise darme cuenta de lo que pasaba, ya venían por el corredor con la Madre Abadesa...

PIEDAD.- Nadie que piense obrar rectamente entra en una casa asaltándola, puesto que las puertas se han hecho para algo ¿no?

CLARA.- Eso pienso yo.

CARIDAD.- Lo más grave, y que me dejó sin poder de reacción, fue ver como aquellos hombres, rodeaban a la Madre Abadesa encañonándola con sus armas.

MARÍA.- ¡Virgen del Socorro!...

PIEDAD.- ¡Qué susto para la pobre!...

CLARA.- Entonces, dadas las circunstancias, está claro que corremos un gran peligro. Esos hombres son malos, y malo será cuanto hagan aquí dentro.

CARIDAD.- Sí. Debemos guardarnos de ellos.

ADELINA.- ¿Y qué pensará hacer la Madre Abadesa?

CARIDAD.- La Madre está tan preocupada como nosotras, lo que pasa es que es consciente de su responsabilidad como Abadesa, y procura mantener una imagen firme y digna.

CLARA.- ¿Y cómo podríamos ayudarla nosotras?...

CARIDAD.- No lo sé... Quizás obedeciendo sin replicar a cuanto nos ordene, y no creándole más problemas.

MARÍA.- ¿Y si intentáramos pedir ayuda?...

ADELINA.- ¡Calle, Sor María, por Dios!, no vayan a oírla y tengamos algo que lamentar.

PIEDAD.- Pues yo no veo esa propuesta tan descabellada.

CARIDAD.- Ya hablaremos después del tema. ¡Silencio, que vuelven!

(Entran SAMUEL y la ABADESA, comenzando su diálogo desde fuera.)

ABADESA.- No, no señor... Ya ha visto que la cocina no tiene más comunicación que esta del refectorio.

SAMUEL.- De todos modos quedan advertidas, de que desde fuera no quiero ver a ninguna asomada a las ventanas... ¿Lo tiene claro?...

ABADESA.- Así se hará.

SAMUEL.- ¿Cuál de ustedes es la cocinera?

MARÍA.- Yo... yo soy.

SAMUEL.- Pues esta noche nos preparará algo caliente para cenar, para mí y mis hombres.

ABADESA.- Descuide. Compartiremos con ustedes nuestra cena.

SAMUEL.- **(Con tono irónico.)** Procuren entonces que esa cena, «compartida», tenga algo que se pegue al riñón... Porque en todo el día no hemos tomado nada, y aún nos queda mucho camino por delante.

PIEDAD.- **(Algo atropellada.)** Madre Abadesa, y si estos

hombres necesitan alimentos para el viaje, ¿por qué no se lo preparamos ahora y así podrían seguir su camino esta noche?...

SAMUEL.- (Riéndose, con tono irónico.) Muchas ganas se ve que tiene usted de perdernos de vista.

PIEDAD.- (Bajando la mirada.) Quería decir...

SAMUEL.- No, si está muy bien pensado... **(Con sorna.)** Tanto es así, que la nombro encargada de avituallarnos para proseguir la marcha... ¡Pero cuando decidamos hacerlo! Que por cierto no va a ser hoy.

CARIDAD.- (Por lo bajo.) Pues es una verdadera lástima.

Escena III

Los mismos. VITO, el SECO, y el CURA.

Por el lateral se oye ruido y algún lamento. Al momento entran VITO y el SECO, con metralletas colgadas, llevando casi a rastras al CURA. VITO y el SECO son individuos de bajos instintos. Bruscos y groseros, intentan ser graciosos sin conseguirlo. El CURA es un hombre muy viejo de salud quebrantada, que se rebela contra lo que no puede impedir por su condición física. Lleva sangre en la cara y no se puede mantener en pie. Al entrar, todas las monjas se lamentarán de verlo en semejante estado.

VITO.- ¡Joder!... Nunca habría pensado, que pudiera pesar tanto un saco de huesos como este.

SECO.- Y que lo digas, tío.

VITO.- Sentémoslo ahí.

(Lo sientan empujándole, en una de las sillas de la izquierda. SOR CARIDAD y SOR PIEDAD lo socorren rápidas sosteniéndole.)

SAMUEL.- (A VITO.) ¿Qué ha pasado?

VITO.- Nada. El abuelo cabezota este, que se ha negado a colaborar con nosotros.

SECO.- Y con lo asquerosito que está, ha resultado ser más terco que una mula parda.

MARÍA.- (Preocupada.) ¿Qué le han hecho al señor Cura?

SECO.- No se asuste que aún esté vivo.

ABADESA.- (Contrariada.) ¿Cómo se han atrevido a lastimar así a un hombre viejo y de salud tan delicada?

(SOR ADELINA y SOR MARÍA **gimen sin saber qué hacer, mientras SOR CLARA lo mira todo como hipnotizada.**)

VITO.- ¡Bah! Pero si no tiene nada...

SECO.- (Haciéndose el gracioso.) Lo que pasa es que intentando huir, se ha caído de cara encima del puño de éste, ¿eh, Vito?

VITO.- ¡Vaya que sí!

SECO.- ¡Y casi te rompe el puño!

(**Se ríen los dos escandalosamente.**)

CARIDAD.- (Recriminándoles.) ¡Ya podrían los dos con un pobre hombre!...

(**El CURA que se ha ido recuperando un tanto, protestará con un hilo de voz.**)

CURA.- ¡Son unos bandidos!... ¡Asesinos!...

CARIDAD.- Cállese, Padre, cálmese que nos tiene aquí a nosotras.

SECO.- (A VITO, por CARIDAD.) ¿Y esta quién es, la defensora del pueblo?

VITO.- (Con chanza.) Por lo que se ve, sí.

SAMUEL.- (Cortando el diálogo.) ¡Ya está bien! Tú, Seco. A la puerta principal a vigilar, procurando estar bien atento. Si ves algo extraño avisa sin pérdida de tiempo.

SECO.- Voy. Y a ver si procuráis relevarme pronto, porque estoy reventado y tengo ganas de descansar.

(Marca el mutis a la izquierda.)

VITO.- (Al SECO.) Para ti que los demás hemos descansado mucho...

SECO.- Descansar más o menos lo mismo, pero comer sí que has sabido tragarte mi bocata...

VITO.- ¡No te jode! Total por dos bocados de nada...

SECO.- ¡Sí, hombre! Encima...

SAMUEL.- (Con autoridad.) ¡Fin del comentario!

SECO.- Bien. Ya me voy, tío.

(Hace mutis.)

SAMUEL.- (A la Abadesa.) ¿Dónde están los cuartos de las monjas?

ABADESA.- Las puertas de todas las celdas dan al corredor de la derecha, saliendo por aquí, y a continuación de los servicios. **(Señala a la izquierda.)** Las puertas están abiertas, no tienen llaves... Le ruego que me dispense de la afrenta de acompañarlo.

SAMUEL.- (Como dudando.) Bien... Que ninguna salga de aquí mientras yo no lo diga. ¿Está claro?... Vamos, Vito, ven conmigo.

VITO.- Vale, hombre. Tenía curiosidad por saber cómo es la cama de una monja, y mira por donde...

(Mutis de los dos por la izquierda.)

(Al salir, todas rodean al CURA auxiliándole y lamentándose.)

ABADESA.- ¿Qué le han hecho, Padre?...

(SOR CLARA **va decidida a la cocina y volverá enseguida con un recipiente de agua y un paño, con el que limpiará el rostro al CURA mientras interpretan.**)

CURA.- (Muy preocupado.) Hijas mías, estamos en gran peligro... Esos hombres son terroristas, unos bandidos asesinos... Por lo que he podido entender, se han escapado de la cárcel y tienen puesto precio a su cabeza.

PIEDAD.- (Aseverativa.) No puede ser de otro modo viendo lo que le han hecho a usted.

CURA.- Debemos andar con pies de plomo...

CARIDAD.- ¿Qué cree que podemos hacer?

CURA.- No lo sé... no lo sé...

MARÍA.- Lo que debemos hacer es pedir ayuda pronto. Llamar enseguida a la Guardia Civil.

CURA.- No, no podemos... Han cortado los hilos del teléfono.

ADELINA.- ¡Señor, estamos perdidas! (**Llora un tanto histérica.**)

ABADESA.- (Enérgica.) ¡Sor Adelina!... Le ruego que tenga presencia de ánimo. Ahora debemos intentar calmarnos y razonar. (**Pausa breve.**) (**Volviendo al tono normal.**) Si esos hombres son fugitivos es lógico que intenten alejarse lo más posible, por lo que no pensarán quedarse aquí. Procuremos no oponernos a ellos. Evitemos toda clase de conflictos, y démosles lo que pidan para seguir su viaje... Yo creo que es el único modo de salir con bien de esta pesadilla.

CARIDAD.- ¿Y si decidieran quedarse aquí más tiempo?

PIEDAD.- ¿Qué quiere decir?

CARIDAD.- ¿Y si piensan que aquí están seguros mientras recuperan fuerzas, y aprovecharan para quedarse varios días?...

PIEDAD.- Eso podría ser grave y complicarnos las cosas.

CARIDAD.- Pues no sé por qué, algo me dice que no se van a conformar con quedarse aquí una noche.

ABADESA.- No se atreverán a prolongar su estancia, porque ellos desconocen las condiciones de este convento, y además ignoran la frecuencia con que solemos tener visitas...

MARÍA.- ¿Y si lo adivinan? ¿Y si se enteran de que aquí no viene nunca nadie?...

ABADESA.- ¡Silencio, Sor María! Hay que tener prudencia.

CURA.- Y abrir mucho los ojos... Y guardarnos de ellos...

CARIDAD.- Usted no se preocupe, Padre, que nosotras nos cuidaremos y sabremos cuidar de usted.

ABADESA.- Sí, y sobre todo rogaremos mucho a Dios para que nos ayude, porque si se lo pedimos con fervor, seguro que Él no nos abandonará.

CURA.- Nunca está de más rogar a Nuestro Señor, pero en este caso nos toca a nosotros ayudar a la Providencia...

ADELINA.- ¿De qué modo, Padre?

CURA.- No dándoles ocasión de que nos hagan daño, evitando toda clase de contacto con ellos, y sobre todo estando muy atentos a las fechorías que puedan cometer.

CARIDAD.- Sí, será menester tenerlo en cuenta.

(Entran de súbito SAMUEL y VITO. SAMUEL, al tiempo de empezar la frase irá hacia la ABADESA, y cogiéndola salvajemente por un brazo la empuja haciéndola caer en medio de escena. Las demás gritarán asustadas al tiempo que algunas intentarán auxiliarla, cosa que impedirá VITO encañonándolas.)

SAMUEL.- ¡Tú, mala zorra! ¡De modo que estabais aquí todas las mojas del convento! ¿no?

CARIDAD.- ¿Pero qué hace...?

PIEDAD.- ¡Suéltela, salvaje!

VITO.- ¡Quietas donde están! ¡A la primera que se mueva le pego un tiro!

(Mientras sigue la acción unas gimen y otras lloran, sin saber qué hacer ninguna de todas.)

CURA.- (Con un hilo de voz.) ¡Bandidos!... ¡Asesinos!...

VITO.- ¡Tú calla, vejestorio!

CURA.- No me hará callar...

VITO.- (Apuntándole amenazador.) ¡He dicho que a callar!

CARIDAD.- (Al CURA.) Cállese, Padre. Por amor de Dios.

SAMUEL.- (A la ABADESA.) Así que éstas eran todas las religiosas del convento ¿eh? ¿Y dónde está la que falta? ¿De quién es la séptima cama? ¡Conteste!

ABADESA.- Es... La de Sor Dominica...

SAMUEL.- ¿Y dónde está? ¿Por dónde se ha escapado?

ABADESA.- No está en el convento desde hace cinco días... Está de viaje.

SAMUEL.- ¿De viaje?... **(Vacilando un tanto.)**

CARIDAD.- (Indignada.) ¿Y toda esa violencia por no hacer una pregunta?

VITO.- ¡Tú a callar!

SAMUEL.- (Algo más calmado, a la ABADESA.) ¿Es verdad eso?

ABADESA.- Sí. Le doy mi palabra.

(Se levanta poco a poco, quedándose en pie.)

SAMUEL.- (Titubeando.) ¿Y por qué no me lo dijo antes?

ABADESA.- No pensé que tuviera importancia...

SAMUEL.- (Subiendo el tono.) Pues sí, sí que la tiene, y mucha.

VITO.- Tú, Samuel, ¿y si es mentira? ¿y si resulta que está por ahí escondida esperando la ocasión de huir para denunciarnos?... ¿Y si resulta que...?

SAMUEL.- (Cortándole.) ¡Calla, coño! Calla y no me complique más la vida que ya tengo bastantes complicaciones.

CURA.- (Con el tono de antes.) ¡Bandidos!... ¡Asesinos!...

VITO.- (A la ABADESA.) Tú, Superiora. Haz callar a este mierda de viejo o juro que le corto el gaznate.

ABADESA.- (Intentando aplacar al CURA.) Por amor de Dios, Padre... Haga el favor de serenarse. Cálmese...

CURA.- (Asintiendo con desesperación contenida.) Sí, hija mía, sí, me calmaré... ¡Si puedo!

PIEDAD.- ¡Qué falta de conciencia, tratar así a un pobre viejo!

SAMUEL.- Pongan atención a lo que voy a decir. **(Pausa breve.)** Nadie de cuantos están aquí ahora, incluyendo al cura, abandonarán esta parte del edificio. Solo podrán estar en esa cocina, aquí, y en el corredor de los dormitorios y servicios. **(Pausa breve.) (Amenazando.)** Cualquiera que intente traspasar la puerta del final del corredor sin mi permiso, puede considerarse muerto.

ADELINA.- ¡Madre de los Desamparados!...

CURA.- (Protestando.) Pero yo no puedo estar aquí... Ningún hombre puede romper una clausura de religiosas...

SAMUEL.- ¡Usted hará lo que se le mande!... Estará aquí dentro cuanto yo lo considere oportuno, y mientras tanto ocupará el dormitorio de la monja que falta. ¿Está claro?

ABADESA.- (A SAMUEL.) Descuide que se hará como usted dice.

CURA.- (A la ABADESA.) Pero eso no puede ser...

ABADESA.- No se preocupe, Padre. No se mortifique por lo que resulta ser irremediable...

SAMUEL.- (A VITO.) Ahora que te ayude una a llevarlo, y te quedas vigilando al final del corredor hasta que te envíe al Seco.

VITO.- De acuerdo... **(A las monjas.)** ¡A ver quien me ayuda con este carcamal!...

CLARA.- (Espontánea.) Yo le ayudaré.

(Ayudándole a levantarse.)

Así, Padre, apóyese en mí...

(Poco a poco salen los tres por el lateral izquierda haciendo mutis y sin que el CURA haya dejado de quejarse y protestar.)

SAMUEL.- (Tras una pausa, a la ABADESA.) Aunque usted no lo crea, no me resulta agradable emplear la violencia con una mujer...

PIEDAD.- (A SOR CARIDAD.) ¡Cualquiera lo diría!

SAMUEL.- (Como si no la hubiera oído.) Lo de antes preferiría que no se hubiera producido. **(Pausa breve.)** Pero también le digo, que si me dan motivos para pensar que alguna de ustedes es un peligro para mi seguridad o la de mis compañeros...

ABADESA.- (Cortándole con suavidad.) No es necesario que vuelva a amenazarnos. Ninguna tiene nada contra ustedes, ni queremos ocasionarles ningún problema. Lo único que deseáramos es que siguieran su viaje lo más pronto posible; que salieran del convento esta misma noche.

SAMUEL.- (Decidido.) Esta noche no será. Necesitamos descansar antes de reemprender la marcha, y en ningún otro sitio podríamos haber encontrado un lugar más retirado ni más propicio para hacerlo... En cuanto hayamos descansado nos iremos.

ABADESA.- Usted antes nos ha acotado esta parte del edificio para que no lo abandonemos, y estoy dispuesta a que se haga así. **(Decidida.)** Pero yo también quiero imponer una contrapartida.

SAMUEL.- (Sorprendido.) ¿De verdad cree que está en situación de poder imponer algo?

ABADESA.- (Consecuente.) La respuesta a esa pregunta, la tiene precisamente usted.

SAMUEL.- Veamos qué es lo que quiere.

ABADESA.- Quiero que ustedes observen la acotación de esta misma área, no rompiendo nuestra intimidad. Que no perturben nuestras actividades... En pocas palabras, que respeten esta clausura que, nunca habríamos imaginado fuera a ser tan castigada como lo ha sido.

SAMUEL.- (Dudando.) Bien... Aparte de que aquí está la cocina y que de ella nos tenemos que servir, procuraremos hacer lo posible para no molestarlas.

CARIDAD.- Madre Abadesa; el corredor de los dormitorios y los servicios también deben abandonarlos. Desde el claustro pueden vigilar perfectamente la entrada y esta parte del edificio, sin tener que estar tan cerca de nosotras...

SAMUEL.- (Interrumpiéndola.) Ya es pedir demasiado. Aceptaré lo que ha dicho la Superiora, pero nada más.

ABADESA.- Le quedaré reconocida si lo hace.

SAMUEL.- (Amenazador.) Pero nada de conspiraciones ni juego sucio. No olviden que por encima de todo está nuestra seguridad, y para salvarla no dudaría en fusilar a quien sea. **(Pausa breve.)** Y ahora las dejo. A la hora de cenar volveremos por aquí.

(Hace mutis.)

Escena IV

ABADESA, MARÍA, PIEDAD, CARIDAD y ADELINA,
después CLARA

MARÍA.- (A las demás.) ¿Qué vamos a hacer ahora?

ADELINA.- Yo no aguanto más. ¡Me entran ganas de gritar!

PIEDAD.- Gritando no arreglaríamos nada, Sor Adelina. Creo que lo que ahora se impone es actuar.

CARIDAD.- Sí, actuar, forzar la situación para que esto se termine lo más pronto posible.

ABADESA.- No, hijas. Es una reflexión lo que se impone. **(Pausa breve.)** Sentémonos. Intentemos aplacar los nervios, y razonemos.

(Se sientan las cinco junto a la mesa, la ABADESA en la cabecera, y las demás dando frente al público.)

ADELINA.- A mí esos hombres me dan mucho miedo, después de haber visto lo que le han hecho al pobre señor Cura... Y sobre todo, ese a quien llaman Vito, que es la verdadera imagen del demonio.

CARIDAD.- Madre Abadesa, yo tengo un mal presentimiento.

ABADESA.- ¿Qué quiere decir?

CARIDAD.- Que esto no va a terminar bien, que esos terroristas no se conformarán con pasar aquí la noche marchándose mañana.

PIEDAD.- Creo que sé por dónde va Sor Caridad, y me parece que coincido con ella.

CARIDAD.- Ellos deben haberse dado cuenta de que el convento es como un seguro de vida, que además les sale gratis.

ADELINA.- No entiendo lo que quiere decir...

CARIDAD.- Ellos han de pensar que un convento de clausura al que de por sí no visita nunca nadie, y que además está lo suficiente separado del pueblo para que desde allí no se puedan apreciar movimientos extraños que se produzcan, puede ser el refugio ideal para pasar inadvertidos.

PIEDAD.- Lo mismo pienso yo.

ABADESA.- Sí, pero al mismo tiempo, si la Guardia Civil los busca y tiene noticias de que están por el entorno, también pueden coincidir en pensar lo mismo que ellos, y seguro que vendrán sin necesidad de avisarlos... Cosa que, por otra parte, no nos es posible hacer.

CARIDAD.- (**Pensativa.**) Y tal vez si vinieran aquí desprevenidos, fuera aún peor...

MARÍA.- (**Crítica.**) ¡Ay, hija! Usted no habla para personas normales... yo tampoco entiendo nada de lo que está diciendo.

PIEDAD.- ¡Hala! Ya nos ha llamado subnormales a todas...

ABADESA.- (**Poniendo paz.**) Por favor, hermanas. Comedimiento. No olviden quienes son... Siga, Sor Caridad.

CARIDAD.- Si esos hombres huyen por algo grave, como parece ser, seguro que no dudarán en jugarse el todo por el

todo, y si se vieran en la necesidad de enfrentarse a la Guardia Civil, estoy segura que no dudarían un momento en utilizarlos a nosotras como rehenes.

MARÍA.- ¡Madre del Amor Hermoso!... ¡Ahora sí he comprendido lo que quiere decir!

ADELINA.- Y yo también, y les aseguro que saberlo no me tranquiliza, sino todo lo contrario.

PIEDAD.- Pues a pesar de lo alarmante que nos parezca, debemos afrontarlo y no cerrar los ojos ante la evidencia.

ABADESA.- **(Después de una pausa.)** En efecto. Desde que entraron en el convento me percaté de todo lo que usted ha expuesto... Si no lo he manifestado antes, ha sido en un intento de no hacer tambalear la fortaleza de las demás, pero veo que no conseguiremos sacar nada de provecho cerrando los ojos, ante un caso que ya está resultando demasiado evidente.

CARIDAD.- Entonces, ¿vamos adoptar algún plan de defensa?

ABADESA.- **(Pensativa.)** Sí... Es conveniente. No obstante debemos ser muy cautas con cualquier proyecto que intentemos llevar a cabo. Por encima de todo se tendrá en cuenta la seguridad de la Congregación. **(Pausa.)** Creo que lo más importante sería contactar con el exterior... Cómo lo haríamos es la incógnita.

ADELINA.- Yo tengo una idea que a lo mejor podría dar resultado...

ABADESA.- Expóngala.

ADELINA.- Si dejamos toda la noche encendidas las luces de la cocina y el refectorio, podría ser que alguien del pueblo se extrañara de ver el convento iluminado, y tal vez pensando que nos ocurre algo se acercaría para averiguarlo.

ABADESA.- **(Pensativa.)** Supongamos que alguien cayera en la cuenta de lo inusual de las luces... Es posible que no lo considerara tan significativo como para dejar su casa de noche y acercarse a indagar.

MARÍA.- Pero, ¿y si viniera?...

ABADESA.- Lo normal sería que se dirigiera a la puerta principal y utilizara al picaporte... Si lo hacía, se encontraría de frente con uno de esos hombres que estará haciendo guardia... Y lo más probable es que ahí se terminara la aventura. Seguramente, con malas consecuencias para el

auxiliador.

MARÍA.- (Espontánea.) ¿Y si tocáramos la campana?

ABADESA.- Sea razonable, Sor María, ¡por Dios!... Hacer eso sería una provocación que con toda seguridad castigarían ellos.

MARÍA.- (Comprendiendo.) Sí, claro... Es verdad... Es que estoy tan preocupada que no sé lo que me digo.

ADELINA.- Todas estamos igual, y yo creo que lo de la luz...

PIEDAD.- Yo de momento abogo por esa posibilidad.

ABADESA.- No tengo seguridad en que pueda dar resultado, pero también es verdad que no nos va a perjudicar tenerla en cuenta, por lo tanto, podemos aceptar la sugerencia y dejarlas encendidas toda la noche. ¿Alguna idea más?...

CARIDAD.- (Decidida.) Sí, yo tengo una.

ABADESA.- Veamos...

CARIDAD.- Ir al cuartel de la Guardia Civil.

MARÍA.- (Crítica.) Sí, ¡mira ésta! Y para más seguridad le pedimos una escolta a los bandidos para que nos acompañen ¿no?

PIEDAD.- Creo que Sor Caridad no habla por hablar, Sor María.

MARÍA.- ¡Ah! ¿no?

ABADESA.- (A SOR CARIDAD.) Exponga usted su idea.

CARIDAD.- Yo podría salir al patio por la ventana de la cocina, descolgándome por la tubería del agua. En una ocasión ya lo hice cuando se quedó encajada la puerta del refectorio.

ADELINA.- Es verdad, pero recuerde que se lastimó un tobillo y tuvimos que traerla entre dos porque no podía dar un paso.

CARIDAD.- Aquello fue por confiarme, salté a tierra desde demasiada altura, pero ahora ya sé cómo tendría que hacerlo.

ABADESA.- Bien. Supongamos que llega al jardín y nadie se da cuenta de la operación. ¿Cuál sería el segundo

paso?

CARIDAD.- Desde la vuelta del claustro se ve la puerta de entrada... En caso de tener la suerte de que el vigilante no estuviera allí, el asunto está resuelto, todo sería abrir la puerta y echar a correr.

PIEDAD.- ¿Y si la puerta no está franca?...

CARIDAD.- La puertecita que comunica la casa del señor Cura con el huerto. Estoy segura de que se podría abrir de un empujón, y una vez dentro de la casa...

MARÍA.- (**Interrumpiendo.**) ¡El teléfono!

ABADESA.- No. Ya nos ha dicho el señor Cura que los bandidos han cortado los hilos. Siga, Sor Caridad.

CARIDAD.- Hay al menos dos ventanas que dan al exterior. Solo sería abrir una, y de un salto, al camino.

ADELINA.- Yo no quiero ser agorera, pero ahora me asalta una duda que no sé si debo exponer...

MARÍA.- (**Por lo bajo.**) No, ya verás... Esta todo lo que sea «ayudar»...

ABADESA.- Expóngala.

ADELINA.- Antes decían que si estos hombres se vieran en la necesidad de hacer frente a la Guardia Civil no dudarían en utilizarnos como rehenes... Ir ahora al cuartel para traerlos directamente, ¿no sería correr un riesgo demasiado grande?

CARIDAD.- He sido yo precisamente quien planteaba esa posibilidad, pero una cosa es que los guardias vinieran por su cuenta ignorando lo que se iban a encontrar, y otra que supieran lo que les esperaba.

PIEDAD.- Además podrían contar con nuestra colaboración...

ABADESA.- ¿De qué modo?

PIEDAD.- Pues... O bien distrayendo la atención de los bandidos en el momento oportuno, o bien encerrándonos con llave aquí mientras se desarrollaba la acción, para impedir precisamente que nos pudieran utilizar como rehenes.

CARIDAD.- Creo que no serían necesarias ninguna de las dos fórmulas.

ADELINA.- ¿Por qué?...

CARIDAD.- Porque la Guardia Civil tendrá medios para llevar una operación de este tipo, sin tener que asaltar el convento por la fuerza... Incluso podría valerse de alguna trampa y entrar por sorpresa, haciéndose pasar por suministradores del pueblo o algo por el estilo...

ABADESA.- Sí... Es muy posible que lo hicieran como usted dice.

CARIDAD.- Lo importante por ahora es que sabemos el sistema para poder salir del convento.

PIEDAD.- (A SOR MARÍA.) ¿Ve usted como no hablaba por hablar?...

ABADESA.- Su plan es coherente y puede salir bien. Estudiaremos con todo detenimiento cada detalle, para prevenir cualquier contingencia que pueda surgir. **(Pausa breve.)** Se me ocurre pensar, si no habrán tomado esos hombres la casita del Cura como vivienda... Si fuera así, el plan iría directamente al fracaso.

PIEDAD.- (Pensativa.) Claro, ir a la casita sería como entrar directamente en la boca del lobo.

ADELINA.- ¡Vaya! Otra esperanza que se nos viene abajo.

CARIDAD.- No sea pesimista, Sor Adelina. **(Pensativa.)** Incluso dándose esa posibilidad en contra, se podría hacer llamando la atención de los hombres.

ADELINA.- ¿Y cómo?

CARIDAD.- Alejándolos de allí.

ABADESA.- Veamos. Por lo que llevamos oído, uno de ellos está de guardia en la puerta principal.

MARÍA.- Sí. Ese que llaman el Seco.

ABADESA.- Otro está cuidando permanentemente la salida del corredor. Por lo tanto el único que podría estar en el claustro, o dentro de la casita sería ese Samuel.

CARIDAD.- O sea, que es factible. Lo único que hay que hacer es entretenerlo por aquí, o asegurarse de que no estará en la casita... Creo que es la solución, madre Abadesa, y si usted me da su licencia estoy dispuesta a hacerlo.

ABADESA.- (Pensativa.) El plan es arriesgado pero es bueno... De todos modos no es oportuno ponerlo en marcha inmediatamente.

CARIDAD.- (Despagada.) ¿Quiere decir?...

ABADESA.- Que ese plan se llevaría a cabo en caso de una extrema necesidad... En caso de que los hombres decidieran quedarse más tiempo en el convento, o de que se agravase nuestra situación, bien por la salud del señor Cura, o por otra circunstancia relevante... No sabe cuánto me conforta saber que a una mala no estamos perdidas, que al menos tenemos a nuestro alcance la posibilidad que usted ha apuntado.

CARIDAD.- ¿Y mientras qué vamos a hacer?...

PIEDAD.- (Por lo bajo.) ¡Como si lo viera! Mientras tanto estar sentadas sin hacer nada.

ABADESA.- No murmure, Sor Piedad... Mientras no tengamos que tomar una decisión, seguiremos con nuestra vida habitual dentro de las limitaciones a que nos obligan las circunstancias... La meditación, la oración, las labores... Y sobre todo, fortalecer nuestra confianza en Dios, y ofrecerle todos nuestros sufrimientos que aquí nos puedan infligir, como un regalo de penitencia para la salvación eterna.

ADELINA.- Madre Abadesa, yo querría tener la presencia de ánimo que usted demuestra, y poder cumplir con todos los deberes que la clausura nos impone. Yo querría ser fuerte y no flaquear, pero el temor es superior en mí a cualquier otro sentimiento desde que esos hombres asaltaron el convento... Reconozco que he perdido el norte y no hago más que pensar con miedo, que por esa puerta puede volver a entrar uno de ellos empleando la violencia como antes hicieron con usted, y se me aflojan las piernas solo de pensar en el salvajismo de que son capaces.

CARIDAD.- Precisamente lo contrario de cuanto yo pienso.

ADELINA.- ¿Quiere decir?...

CARIDAD.- Mientras no se comporten con demasiada dureza, aguantaremos aquí todas sin hacer nada para cambiar la situación... Es otra acción violenta la que desgraciadamente, nos puede hacer reaccionar rompiendo nuestra pasividad.

MARÍA.- Yo lamento no tener la presencia de ánimo de Sor Caridad, y confieso que estoy tan abatida como Sor Adelina.

ABADESA.- Pues esa sensación solo la podrán superar con fuerza de voluntad, y con una total confianza en los

designios de Nuestro Señor. **(Pausa.)** Creo que ya hemos llegado a las conclusiones que nos proponíamos. La parte humana ya sabemos cual puede ser si consideramos necesario obrar en defensa de lo humano... La otra, que es, no lo olviden, la que nos trajo a esta clausura voluntariamente, nos obliga a tener presente sobre todas las cosas, a quien desde el cielo nos ilumina...

PIEDAD.- (Con devoción.) En Él confiaremos...

(Por el lateral izquierda aparece SOR CLARA que sin terminar de entrar se apoya en el marco de la puerta gimiendo con dolor. Se muestra un tanto encorvada, y con las manos apretándose el bajo vientre por encima del hábito, que llevará un tanto desarreglado.)

MARÍA.- ¡Sor Clara!

(Al verla y darse cuenta de lo que pasa, todas se levantan yendo hacia ella.)

CARIDAD.- ¿Qué ha pasado?...

ADELINA.- ¡Madre de Dios!...

CLARA.- Madre... Madre Abadesa. **(Llorando.)** Ese hombre...

ABADESA.- ¿Qué le han hecho?...

CLARA.- Ese hombre... **(Estallando en llanto.)** Me ha forzado.

(La ABADESA la acoge abrazándola, mientras las demás forman un grupo a su entorno.)

(Mientras alguna se santigua llorando y otra murmura alguna oración casi en silencio, cae el telón.)

Acto II

Nada ha cambiado en la decoración del refectorio, salvo una silla más con algunos cojines que hay en el foro derecha.

Han transcurrido dos días desde la llegada al convento de los terroristas.

Es última hora de la tarde.

Escena I

ABADESA, CLARA, CARIDAD, MARÍA, PIEDAD, ADELINA y el CURA, después el SECO.

Al levantarse el telón están sentadas junto a la mesa, la ABADESA en la cabecera, junto a ella frente al público SOR CLARA, a continuación SOR CARIDAD, SOR PIEDAD y SOR MARÍA. En pie junto al atril con el libro abierto, leyendo, SOR ADELINA. Las cinco monjas que están sentadas tienen ante sí un plato de sopa y un trozo de pan. Todas comen excepto SOR CLARA que está como ausente. El CURA está sentado en una silla entre cojines, de frente al público, situado entre el atril y el rincón de la derecha. Mantiene un misal cerrado entre las manos y está atento a la lectura de SOR ADELINA.

ADELINA.- (Con cierta solemnidad.) «Y aconteció que habiéndoles herido, yo me quedé, y postrándome sobre el rostro clamé diciendo: ¡Ah, Señor Jehová!, ¿lo has de destruir volcando sobre todo tu furor?... Y respondió: La maldad es grande sobremanera, y la casa está llena de sangre, y la tierra llena de perversidad. Porque ellos han dicho: Dejado ha Jehová la tierra, y Jehová no ve...

CLARA.- (Lanza un gemido.)

ABADESA.- (Maternalmente.) Sor Clara, hija, debe

fortalecer el espíritu... Y también el cuerpo. **(Señalándole el plato.)** Casi no ha probado la cena.

CLARA.- Sí, Madre Abadesa...

(Coge la cuchara y se esfuerza en tomar dos cucharadas.)

ABADESA.- (A SOR ADELINA.) Continúe la lectura, Sor Adelina.

ADELINA.- **(Leyendo igual que antes.)** »Por lo tanto, mi ojo no perdonará ni tendrá misericordia: El camino de ellos volveré sobre su cabeza... Y he aquí que el varón, respondió una palabra diciendo: He hecho, Señor, conforme a lo que me mandaste». Palabra de Dios...

TODOS.- Te alabamos, Señor...

(Pausa mientras dan por terminada la cena.)

ABADESA.- Terminada la cena podemos retirar la mesa.

(SOR CLARA va a levantarse y la ABADESA la retiene suavemente por el brazo.)

(SOR ADELINA cierra el libro que se quedará sobre el atril, y entre ella, SOR MARÍA, SOR CARIDAD y SOR PIEDAD quitarán la mesa, llevándose los platos y cubiertos a la cocina, y plegando y guardando el mantel en el aparador de la derecha.) (SOR MARÍA entrará la primera en la cocina y se quedará allí fregando hasta que lo determine el guión. De tanto en cuando se oirá dentro ruido de platos y vajilla.)

(Tras un momento de silencio, en tanto las otras van acabando su tarea, la ABADESA interpela a SOR CLARA.)

ABADESA.- Hija mía, ya han pasado dos días desde que esos hombres vinieron. Dos días desde los acontecimientos

que tanto lamentamos... Sé cómo se debe sentir por tanto como está sufriendo, pero ya es hora de que se sobreponga y mire a la vida de frente.

(SOR CLARA parece que va a protestar y con un gesto la hace callar.)

No diga nada... Lleva usted dos días sin probar comida, y ese comportamiento no la ayudará a aliviar sus pesares.

(Breve transición.)

CARIDAD.- (A PIEDAD.) Ya no tardará en venir el Seco a por la cena...

PIEDAD.- Hace una hora le he oído discutir con Vito desde el corredor y me parece que casi se han pegado.

CARIDAD.- ¡Ah! ¿sí? ¿Y cómo ha sido eso?

PIEDAD.- El Seco decía que estaba harto de estar aquí y que esta noche estaba dispuesto a marcharse aunque fuera solo.

CURA.- (Por lo bajo.) ¡No nos caerá esa breva!...

CARIDAD.- ¡Cuánto me alegraría de que fuera verdad!... Pero, Samuel no le dejará que lo haga.

PIEDAD.- Pues será una lástima, porque si se fuera, sería más fácil poder burlar la vigilancia de los otros.

CARIDAD.- (A PIEDAD, un tanto confidencial.) En cuanto acabemos de darle la cena al Seco, pienso insistir a la Madre para que me deje ir al pueblo...

PIEDAD.- (Con el mismo tono.) Cuento con mi ayuda...

ADELINA.- (Poniendo atención a la puerta.) Creo que ya está aquí el Seco a por la marmita.

PIEDAD.- Ya verá como hoy también protesta...

ADELINA.- Ahí sí que se han equivocado de lleno los bandidos, ¿qué se creían ellos, que en un convento de clausura iban a comer a cuerpo de rey como en un hotel?

CURA.- Demasiado se les da... ¡Si yo tuviera las fuerzas que ya no tengo!

ABADESA.- Usted Padre, también debe sobreponerse a todo esto, y abandonar ese complejo de culpabilidad que ha adoptado y que va contra su salud.

CURA.- ¡Ay mi salud!... Si no la hubiera perdido, seguro que no habría dejado de cumplir con la obligación que tenía de guardarlas...

ABADESA.- No se culpe de nada. Su obligación no va más allá del auxilio espiritual a los miembros de esta comunidad. De todo lo demás yo soy la única responsable.

ADELINA.- (A la ABADESA.) Tampoco debe usted cargar con toda la culpa...

ABADESA.- Sí, Sor Adelina, mía es y de nadie más...

(Entra el SECO que se queda cerca de la puerta.)

SECO.- Vengo a por la cena.

ADELINA.- Ahora la sacaré.

(Va a la cocina y saldrá al momento con SOR MARÍA. Esta, con delantal, trae una marmita o fiambreira y tres platos, y SOR ADELINA un saquito con trozos de pan.)

SECO.- ¿Qué nos han hecho esta noche?

PIEDAD.- Sopa.

SECO.- ¿Otra vez sopa? ¿Pero es que en esta casa solo se come sopa?

ABADESA.- Creo que eso lo dejamos ayer muy claro. No podemos dar de lo que no tenemos. En la despensa solo quedan algunas legumbres y unos cuantos huesos para hacer sopa.

SECO.- ¿Y cuándo se comen en esta casa chuletas y filetes?

ABADESA.- Cuando algún alma caritativa nos los obsequia.

SECO.- ¡Pues vaya un plan!...

CARIDAD.- Aquí están los cubiertos.

(Dentro del saquito del pan mete un puñado que habrá sacado del aparador.)

Y hagan el favor de no dejarlos esparcidos por ahí, pues si no los devuelve, acabaremos por no tener tampoco cubiertos para darles.

PIEDAD.- (Con ironía.) Y se tendrán que beber la sopa sorbiéndola directamente del plato.

SECO.- ¡No, si estamos arreglados en este hotelito de mierda!

CURA.- ¡Y encima protestan! ¿Por qué no se van de una vez si tan mal se encuentran aquí?

SECO.- ¡Mira el abuelo gracioso! Le aseguro que si por mí fuera y a estaría muy lejos, donde pudiera comer un estofado de carne con patatas y dos huevos fritos con longanizas.

(Coge la marmita y el saquito y marca el mutis a la izquierda.)

(A SOR MARÍA.) Y a ver si mañana las lentejas no están tan duras como las de hoy a medio día.

MARÍA.- (Con mal humor.) ¡Sí Hombre! Encima con exigencias.

(Vuelve a hacer mutis a la cocina.)

CURA.- (Recriminando al SECO.) ¡Más dura tienes tú el alma!

SECO.- ¡No te jode el abuelo!

(Hace mutis.)

PIEDAD.- (A SOR CARIDAD.) Nunca habría pensado que iba a alegrarme tanto de tener la cocina desabastecida.

CARIDAD.- Ni yo de que las lentejas le salieran a Sor María tan duras y deslavazadas como hoy.

ABADESA.- Hermanas... **(Reconviniéndolas)**

suavemente.) Esos pensamientos no son buenos ni convenientes... Que procuremos no favorecer a esos hombres es humano y natural, pero resulta pecaminoso regalarle con la idea de hacerlo mal a propósito... Ahí sí que debería intervenir usted, Padre.

CURA.- ¿Yo, para qué?...

ABADESA.- Para llamarlas al orden.

CURA.- ¿Ah, sí? Pues mire... (**Santiguándolas en el aire.**) «Ego absolvus peccatis tuis».

(La ABADESA se escandaliza, mientras SOR CARIDAD lanza una carcajada breve.)

ABADESA.- ¡Pero, Padre!...

CURA.- Mire, hija... Hace unos minutos Sor Adelina leía del Libro de Ezequiel, cómo el Señor le ordenaba al ejecutor: «Por lo tanto mi ojo no perdonará ni tendrá misericordia»... Y el ejecutor sentenciaba después de bajar el arma: «He hecho Señor, conforme a lo que me mandaste»...

ABADESA.- (Dudando.) No sé qué pensar. Es probable que todas estemos necesitadas de consejo y ayuda...

CURA.- (Sentenciando.) Sí hija, pero ahora mucho más de ayuda que de consejo.

(Transición breve.)

(Al terminar de quitar la mesa, y de atender al SECO, las monjas fueron sentándose de nuevo alrededor de la mesa, tomando previamente del baúl alguna labor menor, o dedicándose a bordar.)

CARIDAD.- Madre Abadesa...

ABADESA.- ¿Sí?...

CARIDAD.- Antes le comentaba a Sor Piedad, que creía llegado el momento de poner en práctica el plan que le expuse el otro día.

ADELINA.- ¿El de avisar a la Guardia Civil?...

CARIDAD.- Sí.

CLARA.- (A la ABADESA.) ¿Y eso podría salir bien?...

ABADESA.- Tras meditarlo mucho, creo que sí. (A CARIDAD.) He estado pensando también en ese tema, y creo... que quizás fuera conveniente intentarlo.

CARIDAD.- ¿Quiere decir que cuento con su aprobación?

ABADESA.- Sí, hija. Era yo la que no me decidía a pedirle que asumiera tan grave peligro.

CARIDAD.- (Animada.) Descuide, Madre. Verá como todo sale bien.

(Se levanta apartando su labor, e interpreta.)

Yo lo veo fácil de tanto como he pensado en ello... Primero me descolgaré por la tubería del agua, y una vez en el claustro, a correr por la puerta, o a saltar por la ventana... Verá como todo sale bien... Y conocida al detalle nuestra situación por la Guardia Civil ya no tendremos que preocuparnos de nada más.

PIEDAD.- No se pueden imaginar la ilusión que me hace, pensar que vamos a ver aparecer los tricornios por el corredor del claustro...

CLARA.- ¡Dios quiera que vengan pronto a salvarnos!

CURA.- (A SOR CARIDAD.) No olvide los detalles que le conté... La puerta que comunica con el huerto no está cerrada, solo encajada, por lo que con un empujón seco se abrirá. Y en cuanto a las ventanas que dan al camino, utilice la del dormitorio, que es la primera habitación a la derecha, porque de saltar por la del saloncito corre el peligro, de que estando a la vista de la puerta principal la pueda ver desde allí el vigilante... De ser así, todo el plan se iría al demonio...

ADELINA.- ¡Ave María Purísima!

CARIDAD.- Descuide que así lo haré.

ABADESA.- Pero sin olvidar lo que le he dicho, procurando que el riesgo para usted sea el mínimo.

CARIDAD.- Lo tendré presente. Y en cuanto al momento de ponerlo en práctica, creo que ya es hora de actuar, pues esos estarán ocupados con la cena.

ABADESA.- Sí. (**Dudando aún.**) Creo que es el momento oportuno.

(**Todas se levantan acercándose a SOR CARIDAD, menos la Abadesa.**)

CLARA.- Cuídese de esos hombres, Sor Caridad...

CURA.- Sobre todo no se precipite...

PIEDAD.- Recuerde desde dónde ha de descolgarse, no se vaya a lastimar como la otra vez...

ADELINA.- Y dígale a la Guardia Civil que venga pronto...

CARIDAD.- Descuide que así lo haré.

(**Va hacia el CURA.**)

Padre, su bendición...

CURA.- (Santiguándola.) En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo...

PIEDAD.- Vamos, Sor Caridad. Yo la ayudaré a subirse al banco de la cocina.

(**Marcan las dos el mutis hacia la derecha.**)

CARIDAD.- Sí, pero enseguida vuelva aquí, no vaya a ser que las vean desde bajo.

PIEDAD.- Descuide que no me verán.

ABADESA.- Sigamos las demás con lo que estábamos haciendo.

(**Se sientan las otras.**)

(**MARÍA entra procedente de la cocina, ya sin el delantal.**)

MARÍA.- (A SOR PIEDAD y SOR CARIDAD.) ¿Dónde van ahora si ya está todo limpio y seco?...

PIEDAD.- (Con tono cómico.) A por la Guardia Civil.

MARÍA.- ¡Jesús! ¿Ya ha llegado la hora?... (Se santigua.)

CARIDAD.- Ya es hora. Vamos allá.

(Mutis de las dos.)

(SOR MARÍA va hasta el baúl a por una labor y también se sentará junto a las otras.)

ABADESA.- (Por lo bajo.) Que Dios las ayude.

(Transición.)

Escena II

ABADESA, CLARA, MARÍA, ADELINA y el CURA,
enseguida PIEDAD, después SAMUEL.

ADELINA.- Estoy de nerviosa que la ropa no me toca la piel...

MARÍA.- Ni a mí, porque... Mira que si fallara alguna cosa...

CURA.- Yo tengo mucha confianza en Sor Caridad. Es una mujer animosa y valiente, de un gran carácter y una gran decisión... De no ser por su condición femenina, se podría decir de ella que es todo un hombre.

MARÍA.- (Con sorna.) ¡Pues vaya un elogio que le ha hecho!

CURA.- (Titubeando.) No... Lo que he querido decir...

MARÍA.- No lo arregle, Padre, no lo arregle que le hemos entendido.

ADELINA.- Yo estoy ahora más nerviosa que nunca...

ABADESA.- ¡Silencio!... Intentemos hablar de cualquier otra cosa, por favor.

CLARA.- (Tras una pausa breve.) ¿Para cuándo se espera tener respuesta del Monasterio?

ABADESA.- La respuesta la ha de traer personalmente Sor Dominica, por lo tanto, teniendo en cuenta que se fue hace una semana, no la sabremos antes de tres o cuatro días.

CLARA.- Ella me dijo antes de irse, que en el momento que tuviera instrucciones de la Superioridad, nos diría por teléfono la impresión que le había causado la entrevista.

ADELINA.- Y es probable que nos haya llamado estos días, pero al estar cortados los hilos...

PIEDAD.- (Entrando.) ¿Quién nos tenía que llamar?

ADELINA.- Sor Dominica.

PIEDAD.- ¡Ah, sí! Mira, que por cierto ha tenido la suerte de librarse de todo este jaleo.

ADELINA.- Claro. ¡Y quién nos iba a decir lo que nos esperaba!...

ABADESA.- (A SOR PIEDAD.) ¿Ha ido todo bien?...

PIEDAD.- Eso creo, Madre Abadesa... Nunca hubiera imaginado que esa mujer tuviera tanta agilidad. ¡Parece un gato! Es como si hubiera trabajado en un circo.

MARÍA.- ¿No la habrá visto nadie?

PIEDAD.- No creo. Está todo muy tranquilo ahí fuera.

CLARA.- Dios quiera que salga bien...

ADELINA.- (Tras una pausa.) Y digo yo... ¿Qué habría pasado si Sor Dominica nos hubiera llamado estos días?

ABADESA.- (Pensativa.) Yo llegué a pensar que por ahí nos podía haber venido una ayuda inesperada.

CLARA.- ¿Cómo podría ser eso?...

ABADESA.- Supongamos que Sor Dominica hubiera tenido algo importante que decirnos y nos llamara por teléfono. Quizás de momento no le extrañara mucho que no respondiéramos, pero de insistir y no conseguirlo, posiblemente habría llamado al cuartel, para preguntar si ellos sabían algo de alguna avería.

CLARA.- Y la Guardia Civil, para confirmarlo vendría

aquí a enterarse...

CURA.- Sí... Y se habría encontrado con este maremagnum.

ADELINA.- (Al CURA.) ¿Y usted qué piensa de ese desenlace?...

CURA.- No lo sé... El temor a represalias o al resultado de un enfrentamiento armado me intranquiliza.

MARÍA.- Pero, ¿de verdad piensa que podría llegar a producirse...?

CURA.- ¿Tiros quiere decir?... ¡Quién sabe, quién sabe!

MARÍA.- Solo de pensarlo se me aflojan las piernas.

CLARA.- Y a mí, pero de algún modo se tendría que terminar esto.

PIEDAD.- Mejor si fuera sin violencia ¿no creen?

ABADESA.- Yo lo daría todo por bien empleado, si mañana se fueran voluntariamente y sin causarnos más males.

CURA.- ¡No las tengo todas conmigo! ¡Es muy mala gente!

ADELINA.- (Tras una pausa, poniendo atención.) No se oye ningún ruido por ahí fuera...

MARÍA.- (Al CURA.) Ya debe estar dentro de la casa.

CURA.- Si es así, solo le faltará abrir una ventana y saltar al camino...

PIEDAD.- Pues si todo consiste en saltar, está claro que eso para ella no ningún problema.

ADELINA.- Sí, pero ha de burlar la vigilancia de esa gentuza, y eso es lo más peligroso.

MARÍA.- ¿Cuánto se tardará en llegar corriendo hasta el cuartel?...

ABADESA.- ¡Por amor de Dios, hermanas!

(Se levanta y pasea por la estancia.)

Esto es contraproducente... Ninguno de esos pensamientos contribuirá a tranquilizarnos... Debemos intentar pensar en

otras cosas. Es necesario que distraigamos la atención hacia otras cuestiones...

CURA.- Difícil quehacer cuando se está en una situación tan delicada como en la que estamos...

CLARA.- (Al momento, a la ABADESA.) ¿Quiere usted que lea un poco en voz alta?...

ABADESA.- Sí, hija. Lea usted en tanto que las demás seguimos haciendo alguna labor, y tal vez así nos tranquilicemos pensando en otras cosas.

(Vuelve a sentarse.)

(SOR CLARA se levanta y va al aparador de donde toma un libro, iniciando el regreso a su lugar.)

(En ese momento entra por la izquierda SAMUEL.)

SAMUEL.- (Al CURA.) Ya es hora de retirarse.

(Al entrar SAMUEL, SOR CLARA se sobresalta cayéndosele de las manos el libro al tiempo que retrocede un paso.)

(En silencio y con naturalidad, SAMUEL va hacia ella, toma el libro de tierra y se lo entrega en mano. SOR CLARA lo toma, y en silencio va hasta su sitio en la mesa y tomará asiento. SAMUEL se dirige hasta el CURA haciendo intención de tomarle del brazo para ayudarle a levantarse.)

CURA.- (Retirando el brazo.) No quiero irme.

SAMUEL.- (Sorprendido.) ¿Cómo que no quiere irse?

RETOR.- Aún es pronto...

SAMUEL.- ¿Pronto para qué?... Venga. Es hora de que esté usted en su dormitorio.

CURA.- Es que... ahora no quiero irme.

SAMUEL.- (Irónico.) ¡Mira qué bien, hombre! ¿Y eso qué es ahora, un caprichito infantil?...

PIEDAD.- (Recriminándole.) ¡Ya ves qué falta de respeto hacia un hombre mayor!...

SAMUEL.- (Ignorándola.) ¿Me querrá explicar ese capricho?

CURA.- Es que... (Dudando.) Sor Clara va a leer ahora y me quiero quedar un poco para oírla.

SAMUEL.- (Duda un momento y al fin se decide.) Mire. Déjese de tonterías que ya tendrá tiempo de oírla cualquier otro día... Ahora es hora de irse, ¡y se va!

ABADESA.- Hágale caso, Padre... Además, es tarde y usted necesita mucho descanso.

(El CURA se levanta ayudado por SOR PIEDAD.
SAMUEL lo toma del brazo y con él va marcando el
mutis hacia la izquierda, despacio y renegando.)

CURA.- Descanso... no sé para qué quiero yo descansar... para lo que me queda de vida...

SAMUEL.- No reniegue y acelere, que aún me quedan a mí muchas cosas que hacer.

CURA.- Sí... Como matarnos a todos...

SAMUEL.- (Enfadado.) ¡Joder, qué pesado es usted! ¿eh?

CURA.- (A las monjas.) Que el Señor les depare a todas un buen descanso, hermanas.

TODAS.- Gracias, Padre.

ABADESA.- Lo mismo a usted, Padre.

SAMUEL.- (Desde la puerta.) Les repito lo de las otras noches. Procuren no tener esta luz encendida demasiado tiempo.

(Al ir a salir mira a las monjas y se detiene en silencio.
Suelta al CURA, dejándolo apoyado sobre el marco de
la puerta, y vuelve a entrar dirigiéndose a la cocina.)
(Entra en ella saliendo al momento.)

¿Dónde está la monja que falta?

ABADESA.- ¿Sor Caridad?...

SAMUEL.- Sí. Sor... como le llamen.

ABADESA.- Estará en el servicio, o en su celda... Hace un momento ha salido hacia el corredor...

SAMUEL.- (**Pensativo.**) ¿Hacia el corredor dice?... Es extraño que yo no la haya visto.

(Va hacia la puerta, vuelve a coger al CURA por el brazo y marca el mutis.)

Vamos ya...

CURA.- (**Protestando.**) Sí, vamos, vamos...

(Mutis de ambos por la izquierda, mientras el CURA no para de murmurar.)

Escena III

**ABADESA, PIEDAD, CLARA, MARÍA y ADELINA,
después SAMUEL, el SECO y CARIDAD**

ADELINA.- (**Al quedar a solas.**) ¡Ay, Madre! Que me parece que no se lo ha creído.

MARÍA.- No quiero pensar en que la descubran.

PIEDAD.- No la descubrirán, mujer, ya verá como todo sale bien.

CLARA.- ¡Dios hará que no la cojan!

ABADESA.- ¡Calma! No va a pasar nada. Confiemos en Nuestro Señor... Por otra parte, pase lo que pase ya no podemos volvernos atrás... No nos queda otro remedio que esperar acontecimientos y rogar porque estos nos sean favorables.

MARÍA.- ¿Y si no lo son?...

PIEDAD.- ¡Ay, Sor María! No sea usted tan pesimista que acabará contagiándome a mí.

CLARA.- Yo tengo mucho miedo por lo que esos hombres le puedan hacer a Sor Caridad si la cogen... Antes de sufrir lo que son capaces de hacerle, sería mejor que se muriese...

ABADESA.- No, Sor Clara. Desear la muerte, jamás. Dios es quien nos da la vida y Él es quien nos la puede quitar. Solo el pensamiento de desearla ya atenta contra Su voluntad.

ADELINA.- A mí la muerte me da mucho miedo...

CLARA.- (*Pensativa.*) A mí ese hombre... Y antes de volver a vivir otro horror, prefiero morirme.

MARÍA.- ¡Ave María Purísima! ¡No diga eso, Sor Clara!

ABADESA.- (*A SOR CLARA.*) No crea que no me hago una idea de cómo se debe de sentir usted. Las circunstancias la han puesto a prueba ocasionándole un mal muy grave, pero precisamente en cómo pueda rehacerse, en cómo pueda superarlo, está la otra parte de la prueba... La que sin duda la hará agradable a los ojos del Señor.

CLARA.- ¿Y el Señor no nos habrá abandonado?...

ADELINA.- No diga eso. Pensar en que Él vela por nosotras es lo único que me da fuerzas para no morirme de miedo.

PIEDAD.- Yo comprendo lo que dice Sor Adelina, porque a mí a veces me entran unos deseos incontrolables de empezar a gritar, y si no lo hago, es porque aún me da más miedo, las consecuencias que mi actitud podrían tener.

ABADESA.- Hijas, no caigamos en la desesperación ni en el desánimo. Es lo menos conveniente en momento como este.

ADELINA.- (*Tras una pausa.*) Sor Piedad... necesito ir al corredor un momento, ¿me quiere acompañar?

PIEDAD.- Por supuesto. (*A la ABADESA.*) ¿Podemos ir?

ABADESA.- Sí, vayan, vayan... Ya saben que mientras sea posible, no quiero que salgan solas del refectorio.

(SOR PIEDAD y SOR ADELINA se levantan y marcan el mutis hacia la izquierda.)

MARÍA.- Sor Piedad, ya que van al corredor, ¿querría hacerme un favor si no le importa?

PIEDAD.- Dígame, Sor María...

MARÍA.- ¿Me podría traer un pañuelito de mi celda? Están en el cajón de la mesita de noche.

PIEDAD.- Descuide que se lo traeré.

(Hacen mutis.)

ABADESA.- (A SOR CLARA.) Antes iba usted a leer... ¿no le apetece hacerlo ahora?...

CLARA.- (Abriendo el libro.) Sí, leeré algunas páginas...

MARÍA.- ¿Qué libro es ese?

CLARA.- Uno de Sor Juana Inés de la Cruz.

ABADESA.- Pase si le parece la parte en verso, y lea algo de prosa, algún romance de los muchos que contiene.

CLARA.- Sí, Madre.

(Pasa algunas hojas y lee interpretando.)

«Oye la elocuencia muda que hay en mi dolor, sirviendo los suspiros como palabras, y las lágrimas de conceptos...

Mira la fiera borrasca que pasa en el mar del pecho donde zozobran, turbados, mis confusos pensamientos...

Mira cómo ya el vigor me sirve de afán grosero, y se avergüenza la vida de durarme tanto tiempo...

Mira la muerte, qué esquiva huye porque la deseo, que aún la muerte si se busca quiere aumentarse de precio...»

MARÍA.- ¡Qué tétrica debía de ser Sor Juana!

ABADESA.- No lo crea, a lo largo de toda su obra se respira siempre un canto de esperanza.

MARÍA.- Pues esas frases que ha leído no pueden ser más

dolientes...

ABADESA.- Son reflexiones, en las que se encierra un mortecino desdén por su vida, a la que considera como etapa obligada hacia la otra que sabía le aguardaba.

MARÍA.- De todos modos no sería, según mi parecer, lo que se pudiera tomar como una mujer muy normal...

(Fuera se oyen voces que se acercan y algún golpe.)

CLARA.- (Alarmada.) ¿Qué pasa?...

(Se levantan las tres y miran hacia la puerta con ansiedad. Inmediatamente entran SOR PIEDAD y SOR ADELINA muy alteradas, yendo junto a la mesa.)

ADELINA.- (Asustada.) ¡Ay, Madre! ¡Que la han cogido!...

ABADESA.- ¡Qué dice!...

PIEDAD.- A Sor Caridad la traen esos hombres.

(Entran SAMUEL y el SECO trayendo a SOR CARIDAD.) El SECO la conduce sujetándola un brazo doblado a la espalda, y al llegar al centro de escena la suelta empujándola, y retirándose a la puerta desde donde las encañona a todas. SAMUEL, haciendo gala de una calma fingida, y sin dejar de apuntarlas con su arma dará algunos pasos despacio, arriba y abajo.)

(Toda esta acción mientras se interpreta.)

SAMUEL.- (Entrando, a las monjas.) Retírense a ese rincón.

(Señala el del foro izquierda.)

(Ellas obedecerán.)

CARIDAD.- (Entrando.) ¡Suélteme! ¡Me hace daño!

SECO.- Daño ¿eh?... Eso no es nada para lo que te voy a hacer.

CARIDAD.- ¡Ay, ay! ¡Animal!

(Cuando la suelta se masajeará el brazo con evidente signo de dolor.)

SAMUEL.- (Mirando a la ABADESA.) Así que había salido al corredor hacía un momento... De modo que estaría en el servicio o en la celda...

SECO.- Sí, sí. Si no llego a estar listo para engancharla cuando saltaba por la ventana del cura, a estas hora no sé dónde estaría.

SAMUEL.- Yo sí lo sé. Si le llega a salir bien la huida, estaría en el cuartel de la Guardia Civil.

(Amenazándola con el fusil.)

Di. ¿No era allí donde pensabas ir?

CARIDAD.- (Desafiante.) Sí. Allí quería ir para terminar con todo esto de una vez. Para denunciar el secuestro a que nos tienen sometidas... Para pedir la ayuda que necesitamos.

SECO.- ¡Muy maja la chica!

SAMUEL.- (Pausa.) Bien. No la culpo por intentar denunciarnos.

SECO.- (Asombrado.) ¿Cómo que no?...

SAMUEL.- No. Como los prisioneros de guerra, ellas tienen derecho a intentar escaparse, y como oponentes nuestros, derecho a intentar vencernos. **(A la ABADESA.)** Pero si bien yo puedo reconocer esos derechos teóricos, no consentiré que se lleven a la práctica porque una cosa es que acepte sus razones, y otra que yo por encima de todo intente salvaguardar nuestra integridad.

ABADESA.- Ustedes no tienen ningún derecho a estar aquí, y mucho menos a maltratar a las personas de esta casa. Y después de dos días soportándoles, ya es razón de más

para que se hubieran ido.

SAMUEL.- No crea que estar aquí es un regalo, que si mal estábamos en el penal de donde venimos, tanto peor nos encontramos en este convento.

SECO.- Di que sí, que allí al menos la comida era variada y abundante, y no teníamos que hacer guardias para poder dormir de tres en tres horas.

CARIDAD.- ¿Y a qué esperan para volverse al penal? ¿Por qué no lo hacen y nos dejan en paz?

SECO.- **(Por lo bajo.)** Por lo que a mí toca, te aseguro que no tardaré en irme bien lejos.

SAMUEL.- **(Al SECO.)** ¿Tú qué murmuras?

SECO.- Nada.

SAMUEL.- **(A las monjas.)** De no pasar nada esta noche, mañana al alba saldremos para no volver. Quiero, en las horas que faltan, poder contar con la seguridad de que no van a intentar hacer cualquier otra tontería... Por el bien de todos.

PIEDAD.- ¿Y cómo se atreve a pedirnos que no intentemos hacer, lo que acaba de decir que es un derecho nuestro, y con qué argumento?

SAMUEL.- Por el bien de todos en principio. En cuanto a argumentos **(apuntándola.)**, creo que estos serán convincentes ¿no cree?

CLARA.- ¿Y de verdad se irán mañana?

CARIDAD.- Me lo creeré cuando los vea salir por la portería.

SAMUEL.- Pues si de verdad quieres verlo, procura no moverte de este refectorio para nada, ¿entiendes?... Porque intentar otra heroicidad como la que has hecho te pueden llevar a la tumba.

ABADESA.- ¡Bien! ¡Basta de amenazas!... Nos alegraremos mucho de verlos salir de aquí, si es cierto que se van... Y si usted nos da su palabra de que esta es su última noche aquí, yo les prometo que no haremos nada en su contra en ese tiempo.

SAMUEL.- Me alegra saber eso, no obstante yo cuidaré de que sea verdad que no van a obrar en contra nuestra. **(Al SECO.)** Ve y dile a Vito que se dé prisa en traer aquí al Cura. Y tú, a la puerta principal, sin moverte de allí hasta

que yo te releve. ¿Está claro?

SECO.- ¡Vale!... Y procura no tardar.

(Hace mutis.)

MARÍA.- ¿Es que van a traer otra vez al señor Cura?

SAMUEL.- Sí.

ABADESA.- ¿Para qué?...

PIEDAD.- ¡Pobre hombre! ¿es que no pueden dejarlo descansar en paz con lo mal que está?

CLARA.- **(A SOR PIEDAD.)** Son malos, Sor Piedad... muy malos.

ADELINA.- ¡Esta gente no tiene conciencia!...

CARIDAD.- ¿Y qué conciencia pueden tener unos terroristas?, ¿unos asesinos como estos?

SAMUEL.- ¡A callar! No quiero más riesgos ahora. Pasarán el resto de la noche aquí todos juntos y sin moverse. ¡No más sorpresas!

CARIDAD.- ¡Ya ves qué valientes son! ¿Qué temerán de un pobre hombre viejo y enfermo?

SAMUEL.- **(Amenazando.)** La suerte que tú tienes es que eres mujer, porque de ser un hombre, te juro que ya te habría partido el alma por lo que has hecho antes.

ABADESA.- Sor Caridad, haga el favor de guardar silencio, y no compliquemos más las cosas. Si tanto hemos pasado hasta ahora y es de verdad la última noche, tengamos la tranquilidad necesaria y acabemos en paz las horas que restan hasta el alba.

SAMUEL.- Más les valdrá.

PIEDAD.- **(A SAMUEL.)** ¿Quiere decir que no podremos retirarnos a descansar a nuestras celdas?

SAMUEL.- Así es. Y no creo que por unas hora sin dormir vayan a morirse... Además, es fácil que unas horas de vigilia les hagan desistir de tener alguna nueva mala idea.

ABADESA.- **(A las monjas.)** Permaneceremos aquí velando lo que resta de la noche.

(SAMUEL marca el mutis a la izquierda.)

SAMUEL.- Hagan caso a la Superiora y les saldrá mejor cuenta.

(En la misma puerta, a VITO, que entra con el CURA, retrocediendo un paso para que entren.)

Pasa y deja al Cura ahí dentro. Después te vas al extremo del corredor y te quedas allí sin moverte hasta que nos marchemos. ¿Está claro?

VITO.- Vale.

(SAMUEL hace mutis.)

Escena IV

Todas, VITO y el CURA

Entra VITO trayendo al CURA de un brazo. Lo conducirá hasta la silla que está más cerca del rincón izquierda y lo sienta allí. El CURA desde antes de entrar no dejará de protestar por lo bajo, resistiéndose incluso a que le ayude. SOR CLARA, con evidente gesto de miedo desde que aparece VITO, va rodeando la mesa en sentido contrario a la dirección que él lleva, alejándose, y quedando de espaldas al aparador. La ABADESA seguirá donde estaba. SOR PIEDAD y SOR CARIDAD acudirán a ayudar al CURA mientras SOR MARÍA y SOR ADELINA van a por los cojines que estarán en el último lugar donde el CURA estuvo sentado, y se los llevarán. Todo lo indicado en tanto sigue la acción.

VITO.- (Entrando.) Entre ya y no se haga más el remolón...

CURA.- (Murmurando.) ¿Es que no pueden dejar a un hombre morir en paz?...

VITO.- ¡Está visto que este pedazo de viejo no sirve para otra cosa que para molestar!... Si por mí fuera, ya te habría aviado yo...

CURA.- ¡Pues hágalo y descansaré!

ABADESA.- No se excite, Padre. **(A SOR MARÍA.)**
Traiga los cojines que hay en esa silla.

CURA.- ¡Cómo no me voy a excitar con todo lo que esta gentuza nos está haciendo!

PIEDAD.- Venga, Padre. Ahora le acomodaremos... Además tenemos buenas noticias que comunicarle.

CURA.- ¿Buenas noticias?...

PIEDAD.- Sí. Nos ha dicho Samuel que esta será la última noche que pasarán en el convento.

CURA.- ¡Ya veremos, ya veremos!... Me lo creeré cuando los vea marcharse. **(Reparando en SOR CARIDAD.)**
¡Cómo! ¿Usted aquí?...

CARIDAD.- **(Con tristeza.)** Sí, Padre... Muy a pesar mío.

CURA.- ¡Ay, Señor!...

PIEDAD.- Siéntese, siéntese y descanse que ya le contaremos...

(En cuanto deje al CURA, VITO irá hacia SOR CLARA, que aterrorizada retrocede hasta quedar de espaldas al aparador.)

VITO.- ¿Qué pasa, es que me tienes miedo? **(Insinuante.)**
Pues yo no me como a nadie...

CLARA.- ¡No se acerque a mí! ¡Aléjese!

CARIDAD.- **(Al reparar en el hecho.) (Con energía.)**
¿Dónde va usted?

(Avanza hacia ellos.)

¡No se acerque a Sor Clara!

VITO.- **(Riéndose.)** ¡Huy, qué miedo!... Está visto que tú

eres el gallo de este corral ¿no?... Pues te advierto que yo igual reviento una gallina que capó a un gallo.

(Encañonándola.)

¡Fuera de aquí!... ¡A ese rincón con las otras!

(SOR CARIDAD retrocede de mala gana.)

ADELINA.- (A VITO.) Señor, tenga piedad de nosotras y déjenos en paz.

CURA.- (En un lamento.) ¿Por qué no nos dejan de una vez?

(VITO se vuelve hacia SOR CLARA y le acaricia el rostro.)

VITO.- Si no te voy a hacer ningún daño... Solo quiero **(insinuante.)** despedirme de ti...

CLARA.- ¡No, no! ¡Déjeme!... ¡Déjeme, por Dios!

(Intenta huir hacia la cocina.)

(VITO la sujeta agarrándola por el hábito y atrayéndola hacia sí por la espalda.)

VITO.- Si no te voy a hacer daño...

(CLARA, paralizada de terror y con los ojos desorbitados gime sin casi ofrecer resistencia.)

CLARA.- ¡No, no, por favor! ¡Otra vez no!... ¡Dios mío! ¡Otra vez no!...

(Todas intentan socorrerla, pero él sin soltarla, las

amenaza con el arma.)

VITO.- ¡Todas quietas o las mato, y a ella la primera!

(Sin dejar de apuntarlas marca el mutis llevándose a SOR CLARA, mientras las otras se lamentan, unas de impotencia y otras de miedo, hasta después del mutis.)

CURA.- (Intentando levantarse sin conseguirlo.)
¡Asesino!... ¡Asesino! Mátanos a todos y te quedarás contento, pero no cometas ese sacrilegio...

ABADESA.- (Suplicante.) ¡Déjela, señor, déjela!

MARÍA.- (Rogando por lo bajo.) ¡Señor, ten piedad de nosotras!...

CARIDAD.- (A SOR PIEDAD.) ¿Y vamos a permitir este atropello?

PIEDAD.- No, no lo podemos permitir.

(Avanzan dos pasos hacia él.)

VITO.- (Encañonándolas, las frena.) Sigán todas donde están y no salgan de esta estancia. Les advierto seriamente que se juegan la vida si no obedecen... Y ella será la primera en caer.

ABADESA.- (Deteniendo a SOR PIEDAD con un gesto.)
¡Deténgase!... Es capaz de cumplir su amenaza.

CLARA.- (Llorando.) ¡Otra vez no, Dios mío, otra vez no!

(Mutis de los dos.)

Escena V

ABADESA, MARÍA, PIEDAD, ADELINA, CARIDAD y el CURA, después CLARA, al final SAMUEL

CURA.- (Clamando.) ¿Cómo puede haber gente tan ruin en el mundo?... ¿Cómo puede Dios consentir tanta iniquidad?

CARIDAD.- (Rebelada.) Dios no, Padre. De momento quien está consintiendo que se haga este atropello somos nosotras. Solo nosotras.

ABADESA.- ¿Qué quiere decir, Sor Caridad?

CARIDAD.- (Enérgica.) Que hasta este momento no hemos hecho otra cosa que implorar a esa gente que nos respete, y rogar a Dios para que nos guarde. Pero, ¿qué hemos puesto de nuestra parte para hacer ambas cosas posibles?

PIEDAD.- Tiene razón, no hemos hecho más que lamentarnos.

ADELINA.- (A CARIDAD.) ¿Y usted pregunta qué ha hecho cuando la acaban de sorprender intentando huir para salvarnos? ¿Cuándo ha puesto en peligro su vida para intentar resolver esta situación?

CARIDAD.- Pero no es bastante. Nosotras no estamos haciendo nada para ayudar a la Providencia.

ABADESA.- Comprendo cual es su estado de ánimo por lo que está ocurriendo, pero sus palabras demuestran un evidente final en la confianza en Dios, y ese es el punto al que pase lo que pase, no podemos llegar... Si esa confianza se diluye habremos acabado con todo...

CARIDAD.- No, Madre Abadesa. Que no hayamos tenido una señal que nos indique cuándo y cómo debemos actuar, no significa que debamos permanecer pasivas.

CURA.- Yo pienso como que usted, hija. No podemos estar cruzados de brazos permitiendo que esos asesinos hagan todo el daño que quieran...

PIEDAD.- Es posible que Sor Caridad tenga razón en lo que dice. Tal vez Dios nos ha enviado ya esa señal que todas esperábamos ver, y no hemos sido capaces de entenderla... Tal vez ahora mismo estemos incumpliendo Sus designios.

ADELINA.- Y si así hubiera sido, ¿qué deberíamos haber hecho para salir de este infierno?

CARIDAD.- (Creciéndose.) Actuar contra ellos. Hacer patente nuestra oposición en todo momento... No facilitar la existencia de esa gente. Rebelarnos contra todas y cada una

de sus imposiciones... ¡Hacerles la vida imposible!

CURA.- (Creciéndose.) ¡Ahí, valiente!

ABADESA.- (Al CURA.) ¿Y usted la ánima en ese proceder?...

CURA.- Sí. (Indignándose progresivamente.) Y lo hago, porque yo también estoy convencido de que debíamos haber pasado del lamento a la acción... Porque acobardarse cuando aún nos quedan fuerzas es reprobable... Porque es equivocada la política del temor, y es irracional ese instinto de ustedes de inmolarse sin gloria para ninguna causa.

(Al concluir la frase, tose, y se queda casi ahogado por el esfuerzo.)

MARÍA.- (Auxiliándole con afecto.) Usted no, Padre... Usted no.

CURA.- (Llorando de impotencia.) ¡Qué pena, Sor María!... ¡Qué pena no ser ya un hombre!...

MARÍA.- (Con ternura.) No diga eso, Padre... no diga eso...

CARIDAD.- Madre Abadesa, yo le pido que comprenda las razones que le digo y que acceda a cambiar de estrategia... Debemos hacerlo por Sor Clara, por el Padre, y por todas nosotras.

ABADESA.- (Marca unos pasos mientras se retuerce las manos.)

¡Cuánta confusión hay en mí!... La razón me dice que es cierto cuanto usted apunta, que estoy pecando por omisión... Que he abandonado mi rebaño ante los lobos, y que mi pasividad es la culpable de cuanto aquí sucede...

ADELINA.- No, Madre, eso tampoco...

ABADESA.- Y mi culpa, mi incompetencia para actuar en un caso grave, es la causante de la inmólación de esa pobre mujer, de ese espíritu limpio que yo debía haber sabido guardar...

PIEDAD.- Aún podemos estar a tiempo de remediarlo.

ABADESA.- (Desesperada.) ¿Y cómo, Señor?...

CARIDAD.- Actuando. No dejando pasar más tiempo...

Acudiendo todas en su ayuda. Rescatándola de esa bestia a la que hay que aplastar si es necesario.

CURA.- Sí, hija, sí.

ADELINA.- (En un arranque de valor.) ¡Yo voy a intentar salvarla!

(Señala decidida hacia la salida.)

CARIDAD.- ¡Y yo también!

MARÍA.- ¡Y yo!

PIEDAD.- ¡Y todas!

(Inician las cuatro un movimiento hacia la puerta. Antes de llegar a ella aparecerá SOR CLARA. Viste solo el hábito, sin escapulario ni toca, mostrando el cabello suelto. Lleva en el hábito un desgarrón, y manchas de sangre en la bocamanga derecha y a la altura del pecho, portando un cuchillo de mesa en la mano, y mostrándose como transportada.)

(Al verla, todas quedan en silencio sin poder de reacción.)

(SOR CLARA cruzará despacio la escena yendo a detenerse junto al aparador, sobre el cual dejará caer el cuchillo, y se volverá quedando de espaldas al mismo. Toda esta acción lentamente y mientras declama su frase.)

CLARA.- (Trastornada.) Ya no alienta, ya ha muerto la bestia... Había que hacerlo porque era maligna... porque era repugnante. (Pausa breve.) ¡Y cuánta sangre guardaba dentro de sí!... Todo un río de sangre... Un río caliente y rojo que hacía daño donde salpicaba. (Pausa breve.) Pero ya no alienta, porque la bestia ha muerto.

(Entra SAMUEL con el fusil bajo el brazo derecho, llevando en la mano izquierda la toca de SOR CLARA, que lanzará a tierra nada más entrar. Al tiempo que

habla avanzará unos pasos hacia SOR CLARA quedándose en el centro de escena, entre ella y el grupo de monjas a las que dará la espalda.)

SAMUEL.- (Entrando.) ¿Dónde está?... **(Yendo hacia ella.)** ¿Qué has hecho, mala pécora? ¡Lo has matado!

CLARA.- (Con el mismo tono anterior.) Ya no alienta... ya ha muerto la bestia...

SAMUEL.- ¿Sí?... ¡Pues muere tú también!

(Le dispara y ella cae fulminada.) (Al tiempo que las otras gritan horrorizadas, la ABADESA de un tirón, le arrebatada por detrás el arma encañonándolo.) (Al verse desarmado, SAMUEL girándose, retrocede unos pasos quedando junto a SOR CLARA.)

SAMUEL.- ¿Qué hace?... ¡Suelte ese arma!...

(La ABADESA levanta el arma y dispara. SAMUEL cae herido quedando arrodillado frente a ella.)

ABADESA.- (Declamando trastornada.) «Por lo tanto, mi ojo no perdonará, ni tendrá misericordia...»

(Vuelve a disparar sobre SAMUEL que queda muerto junto a SOR CLARA.)

(Declamando.) «He hecho Señor; conforme a lo que me mandaste...»

(Mientras todos quedan extáticos con gestos de horror, cae lentamente el telón.)

FIN DE LA OBRA